

EL PINTOR JOSE GONZALEZ DE LA PEÑA

(1887 - 1961)

POR

MODESTO LOPEZ OTERO

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO



Uno de los últimos autorretratos de D. JOSÉ GONZÁLEZ DE LA PEÑA,
Barón de Forna.

FINALIZADO el pasado curso, recibió la Academia la triste noticia del fallecimiento de un excelente pintor: don José González de la Peña, barón de Forna, nuestro correspondiente en Francia. Por esta condición, por sus méritos artísticos, por sus dotes personales de generosidad, de simpatía, de interés, repetidamente demostrado, por nuestra Corporación, merece el debido recuerdo en las páginas de este BOLETÍN, si bien la autoridad de cualquiera de nuestros compañeros críticos de arte lo hiciera con más brillantez que yo, aunque no con mayor afecto; tal era el que profesé a aquel gran amigo, de trato inolvidable.

No se pretende, en la siguiente breve síntesis biográfica, hacer un análisis de la obra del ilustre pintor, para lo que me falta competencia, que no puede ser suplida por una fiel amistad y una sincera admiración.

José González de la Peña perteneció a esa generación de excelentes artistas que desarrolló, durante lo que va de siglo, su labor fuera de España y que dió, en otras tierras, gloria y fama al arte español contemporáneo. Nació en Madrid en 1887, en una familia de la nobleza valenciana, vecindada en la Corte y en elevado ambiente social. Le destinaba su padre a cierta carrera técnica superior, que abandonó, lo mismo que otra universitaria, para seguir su gran vocación por la pintura. Como esta misma pasión no admitía disciplina docente, después de breve sometimiento a la suave y eficaz del gran maestro Alejandro Ferrant, se lanzó con brío juvenil a sus ilusiones de gloria. Antes de los veinte años comenzó por concurrir a las primeras exposiciones de caricaturas en la Sala Iturriz, con fino sentido del humor, nunca perdido. Otra exposición en Granada y, al fin, París, donde comenzó la ruta bohemia de tanto esperanzado artista. Fué amigo y camarada de Picasso, de Utrillo y de Juan Gris; los ya consagrados Anglada y Zuloaga estimaron su obra animosamente. Concurrió a la

exposición de “La Libre Esthétique”, organizada como homenaje a Regoyos, con su cuadro “Novios Gitanos”, que más tarde, en 1915, mereció el sano elogio de nuestro gran crítico de arte José Francés.

Su autoeducación artística se completó con el estudio directo de los maestros del Prado, del Louvre y de los museos italianos, según intuitivas preferencias. Pero aquella vida, con sus realidades, obligaba a otras exigencias, que la bohemia de París no hacía posible conllevar y que culminó al estallar la guerra de 1914. Así en América, antes en Cuba, luego en Méjico y otras Repúblicas del Sur—, se dedicó nuestro pintor a ilustraciones periodísticas y a retratos, con grán éxito, que anunciaba su feliz actividad posterior en este género de pintura. En 1923, vuelto a Europa, primero en Madrid, después en París otra vez, expuso aquí sus obras en la Galería Charpentier y, en Bruselas, en la Galería de los Artistas Franceses.

Definitivamente establecido en Francia, creó una hermosa residencia, la “Villa Fortuna”, en Anglet, entre Bayona y Biarritz, donde desarrolló casi toda su vida artística y donde murió el día 25 de junio de 1961.

“L’Atelier”, museo y estudio, emplazado en un pabellón del parque mismo, fué el lugar de su fecunda labor, principalmente retratos, temas y asuntos taurinos, “Toreras”, como él las denominaba. Retrató a importantísimos personajes de su época, siempre con la condición de amigos: Ortega Munilla, Pío Baroja, el pintor Lezcano y el músico Padre Donostia. Los franceses Francis Jammes (cuyo retrato ha de figurar en el Museo de Arte Moderno), Ravel, Sacha Guitry, Claude Farrère, el príncipe Xavier de Borbón-Parma, el marqués y la marquesa d’Arcangues, Monseñor Jarossau, su gran amigo Camille Manclair, que le dedicó páginas excelentes de su buena crítica; la princesa Elisabeth de Caraman-Chimay, cuyo bellissimo retrato, juntamente con el del abbé Mugnier, figuran, graciosamente cedidos por su autor, en nuestro museo. Esta generosidad de González de la Peña le permitió hacer importantes donaciones de sus obras al museo Vasco y al de Bellas Artes de Bayona, al de San Telmo, en San Sebastián, y a otros de Francia y de España. Por las donaciones de cuadros de maestros antiguos al museo del Prado, y a petición de su Patronato, nuestro Gobierno le

distinguió con la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. Fué también Caballero de la Legión de Honor.

Frecuentes las exposiciones de sus obras, lo fueron también sus escritos y conferencias, nutridos de una amplia cultura, fruto de su talento, de su estudio y de su intensa vida de gran viajero. Reunió en su taller una espléndida colección de cuadros, de grabados, de objetos artísticos y curiosidades, así como una selecta biblioteca de arte, que expresaban su buen gusto y su preocupación por todo asunto de valor estético.

Su cálida vocación inicial, jamás disminuída, pero ya transformada en serena maestría, le permitió cultivar otras técnicas de la pintura, en grandes composiciones, como la de: San Francisco, santos y bienaventurados de la Orden en el claustro del convento de Capuchinos de Bayona. Decoró, con grandes aciertos y logrado éxito, la “Salle de Sorcieres” del museo Vasco de la misma ciudad, la iglesia de la bella pequeña villa de Arcangues y otros templos y salas civiles.

González de la Peña fué un pintor de positiva personalidad. Excelente dibujante, poseedor de grandes dotes en la creación, en el oficio y en la técnica, es el retrato su destacada y más importante actividad. Se cuentan en el copioso índice de sus obras, centenares de retratos, preferentemente dedicados a sus dilectos amigos. Sirviendo a las exigencias de la composición, su preocupación primordial, su empeño, su obsesión más bien, era trasladar al retrato —con todos sus problemas de forma y de color, y en la intimidad de las sesiones de trabajo—, juntamente con la expresión y el carácter del personaje, la emoción afectiva de su amistad con el retratado, traducida en un anhelo de perfección. La vivacidad, la rapidez, el ímpetu en el modo de hacer, nacían, sin embargo, de un fondo equilibrado, sereno, clásico. Su criterio, su modo de sentir la pintura y el retrato especialmente, se leen en sus conferencias, en sus diálogos con periodistas, pero, sobre todo, en sus escritos y en sus conversaciones íntimas.

Los apuntes, bocetos y asuntos taurinos, a los que estuvo tan dedicado durante su vida artística, son incalculables. La serie que denominó “El toreo de hoy”, álbum de veinte heliocromías, editado en 1928 por la “Bonne Idee”, significa, según su comentarista Camille Mauclair: “una afortuna-

da audacia, al reunir, después de Goya, en las fases de una corrida, la evolución del arte de torear; un verdadero poema de gracia, de movimiento, de pasión ...”.

La crítica francesa consideró siempre a González de la Peña como un pintor de recia elegancia, muy española. Su españolismo no desmayó durante su larga permanencia en tierra extraña. Fué, como ha dicho el crítico y literato Pierre Espiel, “el embajador permanente de la pintura española en el país vasco-francés ...”.

No tuvo discípulos. Hablaba siempre con elogio de los artistas y con admiración, de nuestros compañeros de Academia y de los demás contemporáneos que él conoció y trató. Ejercía la caridad con generosa esplendidez, juntamente con su esposa, una excelente dama americana, Dolores Elizondo, a quien retrató en lienzos bellísimos. Fué su compañera bondadosa y amable, que la sociedad francesa de aquella región la sabe estimar como merece y le rinde, como lo hizo a su ilustre esposo, constantes pruebas de gratitud y simpatía. Yo soy testigo del gran afecto que sintió por nuestra Academia el matrimonio Forna.

Del amor a España del ilustre pintor, basta exponer el deseo, bien cumplido, de ser sepultado en un grato rincón del jardín-cementerio de la villa de Arcangues, frente a las cercanas peñas de Aya, en nuestro Pirineo, donde reposa y en cuya tumba la Academia colocó, por mi mano, una corona como expresión de nuestra amistad y gratitud.



JOSÉ G. DE LA PEÑA: Dolores María de Elizondo de González de la Peña,
Baronesa de Forná, esposa del autor.



JOSÉ G. DE LA PEÑA: Retrato de la Princesa Elisabeth de Caraman-Chimay, a los ochenta y dos años de edad.

(Donativo del artista a nuestra Real Academia.)



JOSÉ G. DE LA PEÑA: Reverenda Madre M.^ª de la Purificación, Superiora de las Franciscanas de Bilbao, de ochenta y cuatro años de edad.